

Reflexiones

Por Partiquino



22 Marzo 1979



La foto que no saqué

■ LOS PRIMEROS días de marzo estuve en el lago Vichuquén. Desaparecidas ya las lanchas y sus motores fuera de borda con el infaltable esquiador acuático que la sigue y que es el paisaje humano común en el verano, el lago exhibía toda la majestuosa calma e impresionante belleza que lo caracteriza.

Una tarde, cuando el sol se escondía y el crepúsculo teñía el cielo, las nubes y las quietas aguas del lago con las más hermosas y brillantes tonalidades de rojos y verdes, busqué mi cámara fotográfica para registrar tan espectacular paisaje. Lamentablemente, ella estaba sin película disponible, lo que me obligó a presenciar con todos mis sentidos alertas el espectáculo que la naturaleza me ofrecía y gozarlo intensamente.

Han pasado ya varias semanas de que ocurrió esto y, ahora, principio a considerar que no fue una desgraciada circunstancia, sino, por el contrario, feliz, el hecho de que no haya podido utilizar mi cámara. El recuerdo ha transformado esa tarde en una experiencia única que creo no conservaría si la hubiera registrado. El hecho de haber sacado la fotografía no me habría entregado la posibilidad de la total observación en la que me sumí, no habría complementado el goce visual con la alerta actitud de todos los sentidos, oyendo el silencio del ambiente apenas interrumpido por el armónico chapotear de algunos patos vecinos, oliendo el aroma de los pinos circundantes, experimentando la ya extraña sensación de alimentar los pulmones con un aire no contaminado, percibiendo en el rostro la refrescante brisa. La fotografía registrada me habría hecho sentir que lo que me había llamado la atención ya estaba encerrado en la máquina y no necesitaba preocuparme más del asunto.

Está muy lejos de mi ánimo adoptar la quijotesca actitud de arremeter contra molinos de viento y declarar que los portentosos adelantos tecnológicos que

nos brinda nuestra civilización son inútiles o perjudiciales. Tengo bien presente la importancia que la fotografía tiene en el campo del arte y de la ciencia, de la noticia y la vida familiar, pero la experiencia relatada me lleva a una de mis recurrentes reflexiones: los medios mecánicos de registros, sean visuales o auditivos, han ido generando un empobrecimiento general de la capacidad de percepción del ser humano. Ellos nos permiten capturar un instante de nuestras vidas con el objeto presumible de poder disponer de él en el futuro. Con ello, estamos desvalorizando el presente, para convertirlo en pasado; disminuyendo la potencia de la vivencia inmediata, para obtener de ella el disminuido interés del recuerdo.

Se dice que la memoria es frágil, y por cierto que lo es, en comparación a cualquier medio de registro. Pero lo que se suele olvidar en esta depreciación de la memoria es que ella es subjetiva, que está teñida de elementos afectivos, que cuando se refiere a una persona o a un hecho, la memoria hace una síntesis no de un instante de la persona o de las circunstancias precisas que rodean un hecho, sino de una serie de vivencias anteriores y posteriores.

El recuerdo que toda persona tiene de un ser querido difiere en algún grado al que le muestra la fotografía. Porque una persona no es sólo la carnadura externa que muestra la foto en un instante preciso de su vida, sino toda la relación personal que se tuvo con ella, toda la variación que el tiempo realiza en su apariencia.

Sí, es un gran invento la fotografía, pero debemos cuidar que ella no merme nuestra capacidad de percepción, no falsee con su falso objetivismo, lo subjetivo que significa para nosotros un paisaje, una persona o un hecho y que es, también, tan real como la apariencia, pero para lo cual aún no se ha descubierto máquina registradora alguna.